

ción de egoísta, jamás se le pasaban tales cosas por el pensamiento.—Eres un excelente muchacho... Pero, voy á presentarte á mis huéspedes.

Volvióse hacia las dos señoras, que examinaban con curiosidad al recién llegado, mientras cuchicheaban con un caballero alto, vestido de tela de hilo y con sombrero de paja. Una de ellas, delgada, derecha, de ojos saltones, perfil afilado y espesos bucles de cabellos grises á cada lado de las mejillas, miró al joven con expresión de altivez y desconfianza al mismo tiempo, y le hizo un rígido saludo con la cabeza.

—Madame de Brioules, mi hermana,—dijo el marqués.—A esta otra señora creo que ya la conoces,—añadió, empujándole de pronto hacia la señorita de Fierbois.—Ya veis, madrina, qué desarrollado y qué guapo viene.

Lorenzo estrechó afectuosamente la mano que le alargaba Sebastiana, mientras el marqués proseguía la presentación.

—Monsieur Fontenille, la señorita Berta, su hija... Verdad es que ya habeis debido trabar conocimiento, puesto que esta señorita es quien te ha conducido hasta aquí...—¡Hola! ¿y dónde anda mi sobrino?

—Aquí estoy, tío—murmuró en la oscuridad una voz insegura.

—Pero, ¡sal aquí, donde te veamos!—gritó el marqués.

El estrecho perfil de Santa María se dibujó en el va-

cio luminoso que formaba la entrada del cenador. M. de Rosieres le cogió de la mano y le trajo enfrente de su ahijado:

—El doctor Lorenzo—repitió,—Santa María de Brioules, mi sobrino... Ambos sois jóvenes y solteros; espero que os vereis con frecuencia y que sereis dos buenos amigos.

## VIII

Santa María de Brioules era poco expansivo y seguía sin dificultad el precepto de la *Imitación*: «No abras tu corazón al primero que llegue... Frecuenta poco el trato de los jóvenes y de los extraños.» Su infancia había sido solitaria, retraída y enfermiza. Después de comenzar sus estudios en el campo, bajo la dirección de un sacerdote, los terminó en un instituto religioso, donde los alumnos, en verdad muy pocos en número, tenían cada cual su celda independiente.

Aquella educación sedentaria y taciturna, unida á una delicada salud y á una extrema timidez, había desarrollado en él muy poca afición al trato con sus semejantes. Amigo del silencio y de la meditación, prefería á todo aquel recogimiento del retiro, cuya continuidad se le hacía cada vez más dulce y agradable.



Sin embargo, por obedecer á su tío, acogió á Lorenzo con afabilidad y haciendo violencia á su selvático caracter, se avino á servirle de guía en los alrededores. El fogoso temperamento, completamente franco y abierto, del joven Husson, que empezó por causarle miedo, fue poco á poco nfiltrando en él cierta corriente de simpatía, en virtud de la ley de atracción de los contrarios. Aquel caracter, á la vez dulce y enérgico, arrebatado y arrogante, expansivo y leal, le conquistó insensiblemente, y al cabo de pocas semanas se estableció cierta recíproca intimidad entre ambos jóvenes.

Santa María producía en Lorenzo el efecto de un extraño enigma, cuya solución se complacía en buscar el joven doctor con la curiosidad del observador y del fisiólogo. Aquel muchacho flaco, de ojos hundidos y penetrantes, de perfil ascético y con el pelo cortado á lo eclesiástico, parecía un hombre de otro mundo distinto del nuestro. Oyéndole hablar, imaginábase Lorenzo que estaba escuchando á un contemporáneo de Pascal que despertaba después de un sueño de doscientos años, aportando en pleno siglo XIX las creencias exaltadas, absolutas y austeras de la edad pasada.

Sus opiniones religiosas, su desconocimiento de los goces mundanos, su desdeñosa indiferencia hacia los refinamientos del lujo, el atractivo y la belleza extrema de las cosas, asombraban profundamente á Loren-

zo, que, por su temperamento y cultura de espíritu, era un pagano imbuido de las alegrías mundanales, un apasionado de todo lo que canta armoniosamente en el gran coro de la naturaleza.

Consideraba á Santa María con la tierna compasión que inspira un ser enfermo. La manera de vivir del sobrino de M. de Rosieres, le era muy poco simpática y, sin embargo, la sinceridad de las convicciones de su compañero, ciertas fases caballerescas de su caracter y el valor con que desdeñaba los respetos humanos, le inspiraban una cariñosa estimación.

Una cosa principalmente asombraba á Lorenzo, y era la frialdad de Santa María en sus relaciones con la señorita Berta Fontenille. Había adivinado desde el primer momento que se trataba de casar á la muchacha con el sobrino del marqués. Esta unión convenía á ambas familias; lisonjeaba la vanidad de M. Fontenille que había hecho su fortuna en la trata de maderas, y era ardientemente deseada por madame de Breuilles, que soñaba desde hacía mucho tiempo con echar el guante á una nuera rica é hija única.

Santa María dejábase dirigir con resignación por su tío y su madre, pero no manifestaba la menor prisa ni entusiasmo. Su indiferencia no había escapado á la perspicacia de la señorita Fontenille y aunque ésta no experimentase un sentimiento demasiado vivo hacia Santa María, no dejaba de contrariarla en su amor propio aquella irrespetuosa frialdad.



La entrada de Lorenzo en el escenario donde se representaba aquella comedia íntima, hizo tomar á los acontecimientos un giro más animado, y no tardó en engendrar lo que en el lenguaje dramático llaman los críticos una peripecia. La hermosura y gracia zalamera de la señorita Berta produjeron su efecto en el joven doctor, y como éste era por temperamento extraordinariamente expansivo, no costó á la muchacha gran trabajo adivinar la impresión que había producido. Empezó por sentirse lisonjeada de la admiración del recién llegado, y bien fuese por un sentimiento innato de coquetería, bien por la esperanza de fundir el hielo de Santa María poniéndole celoso, lo cierto es que puso diestramente en juego todas sus seducciones. Poco á poco engatusó á Lorenzo con sus halagadoras sonrisas, sus derretidas miradas, sus frases medio tiernas y medio burlonas, que son el preludio de la sinfonía del amor y que embriagan como el vino dulce.

Cierto día que los dos jóvenes habían comido juntos en casa de M. Fontenille, en la Noue-Saint-Vanne, y Berta había redoblado sus coqueterías con Lorenzo, quiso éste acompañar á Santa María hasta el Neufour. La noche era hermosa, y los dos amigos bajaron, atravesando los huertos, hasta llegar muy despacio al solitario camino. Entre las dos sombrías vertientes del monte no se percibía el más pequeño rumor, exceptuando el crí-crí de los grillos y de vez en cuando la

nota flautada y cristalina de los sapos esparcidos por el talud

Lorenzo, que no podía reservar para sí solo las cosas que le preocupaban, fue el primero que rompió el silencio.

—La señorita Fontenille estaba esta tarde encantadora—dijo;—no hay como las morenas para saber llevar con desparpajo los colores llamativos... ¿No habéis notado qué bien la sienta el color rojo encendido?

—No he fijado en ello la atención—contestó lacónicamente Santa María,—y me maravilla, mi querido doctor, que un hombre formal como vos se fije en semejantes bagatelas.

—¡Bagatelas!—exclamó Lorenzo.—Nada de cuanto puede contribuir á realzar la hermosura de la mujer debe considerarse como fútil.

—La belleza de las cosas exteriores no es en sí misma más que una vana apariencia.

—Sin duda quereis chancearos. Pues, ¿y el amor? ¿Es también puramente ilusión y futilidad?

—¿El amor carnal?—murmuró Santa María—es algo peor que eso... Es una realidad grosera que nos coloca á nivel de los irracionales... Sabed—añadió, mientras brillaba su mirada en el fondo de los hundidos ojos, que—el Espíritu Santo nos lo dijo hace mucho tiempo en el libro del *Eclesiastes*: «Apartad vuestros ojos de la mujer ataviada... Muchos se han



perdido por la hermosura de la mujer, y solo á su vista arde la concupiscencia como un incendio »

—¡Diantre!—exclamó su compañero.—Y á pesar de todo, os casareis con alguna, porque creo que se trata de daros esposa...

—Posible es, suspiró Santa María.—Puesto que me he resignado á la vida del mundo, tendré también que resignarme á la idea del matrimonio; pero, ¿qué quereis que os diga? la mujer con sus ardides, su frivolidad y su anhelo de absorbente cariño, me asusta y tiemblo á su aproximación.

Lorenzo se paró y le miró con aire sorprendido.

—Os asombra mi lenguaje—prosiguió Santa María con amargo acento—y acaso os hago el efecto de una especie de monstruo... ¿Qué sucedería si pudierais leer en mi interior?

Estas últimas palabras saltaron de sus labios como un doloroso grito; tanto, que el joven doctor no pudo menos de sentirse impresionado.

—Confieso—dijo—que me sorprendeis, y no acierto á comprender ese miedo de amar á una mujer hermosa, cuando se tiene la probabilidad de llegar á ser su marido.

—En efecto, es extraño, pero positivo... Entre la mujer y yo, se abre un abismo que no sé si me atreveré á salvar.

—Vamos, no lo comprendo—repitió Lorenzo.

—No podeis comprenderlo .. ¡Hay en mí tan extra-

ña mezcla de contradicciones!.. Me repugna el matrimonio y, sin embargo, conozco que si algún día llevo á sentir amor, amaré con tal pasión que inundará mi alma y la extraviará de su verdadero camino... Seré ateneado por los deseos carnales más que ninguno de vosotros los hombres de mundo, y he aquí lo que me aterra... ¿Lo entendeis ahora?

Su voz vibraba de una manera extraña en medio del silencio de la noche. Habían llegado al Neufour; Santa María se detuvo, alargó la mano á Lorenzo y añadió con fatigado acento:

—He aquí mi casa. . ¡Buenas noches!

Separáronse los dos jóvenes.

—¡Qué hombre tan extraño!—dijo para sí Lorenzo, encendiendo un cigarro y emprendiendo su caminata á las Isletas.—Pero, en fin, si no está malferido de amor y muy dispuesto á casarse, mejor que mejor... Esto me quita escrúpulos y puedo enamorarme de Berta Fontenille sin temor de lastimar el corazón al pariente de mi padrino... ¡Vive Dios! ¿No sería una lástima que esa encantadora muchacha llegase á ser la esposa de semejante alambicador de ideas?

Esta reflexión dejó á Lorenzo más desembarazado de sus preocupaciones. Hasta entonces, habíase limitado al papel de discreto admirador de la hermosura de la señorita Fontenille, pero desde aquel momento se manifestó más abiertamente arrastrado por la seductora gracia de la joven, y se entregó, sin pensa-



miento ni cálculo de ninguna clase, al placer de amar, con tanta más vehemencia, cuanto que su amor no parecía desagradar á aquella á quien se dirigía.

Buscó con más ahinco las ocasiones de ver á Berta, sin el estorbo de la compañía de su amigo, y la casualidad le ayudó á las mil maravillas. Desde su llegada á las Isletas, había sido diversas veces llamado para asistir á varios enfermos, y tuvo la suerte de curarlos, lo cual le valió que sus clientes ensalzaran hasta el quinto cielo la pericia del nuevo médico. Ocurrió que por aquel mismo tiempo se vió M. Fontenille acometido de reumatismos agudos, y por más que el buen hombre se burlase, cuando se hallaba en plena salud, de la medicina y de los médicos, no sufría sus dolores muy estóicamente que digamos. Hizo, pues, avisar á toda prisa al joven doctor del Bois-des-Penses, que se presentó inmediatamente y recetó una medicina con la cual se alivió de una manera notable el enfermo. No escatimaba Lorenzo sus visitas, y bien puede afirmarse que no hubo jamás reumatismo más atendido, porque el ahijado del marqués hacía dos visitas diarias á La Noue-Saint-Vanne.

Cierta mañana, al bajar de la habitación de M. Fontenille, oyó que le llamaba desde el jardín una voz hártó conocida, cuyo juvenil y argentino timbre le hizo estremecer de alegría. Aquella voz partía de un cenador próximo á la pieza en que estaba situado el horno. Dirigióse hacia aquel sitio, y cuando llegó á

la entrada formada por los nudosos vástagos de las ramas caprichosamente entretregidas, no pudo menos de detenerse, maravillado del espectáculo que alegraba sus ojos.

Bajo la verdosa sombra del cenador, y sobre una mesa rústica, veíase una masa redonda y blanquecina de harina de flor; al lado un escalfador de cobre, una fuente de loza llena de crema y huevos recién batidos y un rollo de manteca medio envuelto en pámpanos de vid, formaban armónico y agradable acompañamiento al montón de harina, blanco como la nieve. Delante de la mesa, Blanca Fontenille, vestida con un peinador de listas color rosa y delantal alto, sujeto á la cintura, recogido el pelo en lo alto de la cabeza, desnudo el cuello, regazadas las mangas hasta el codo, se ocupaba en trabajar la masa. Un discreto rayo de sol que se filtraba por entre el follaje, caía oblicuamente sobre la mesa acariciando suavemente las mejillas y los desnudos brazos de la linda pastelera.

—¡Buenos días, doctor! — dijo saludando á Lorenzo con su sonrisa siempre un tanto sardónica. — ¿Cómo sigue mi padre?

—Mucho más aliviado—contestó el joven, paseando al mismo tiempo con delicia sus hechizadas miradas á lo largo de los rollizos brazos y del seno suavemente acusado por la pechera del delantal.

Los azules ojos de Berta Fontenille interrumpieron



aquella revista, fijándose severamente en los del visitante.

—Ya veis—prosiguió,—le estoy preparando su manjar favorito, una torta de ojalde al estilo de Lorena... Quedaos á almorzar con nosotros, la probareis y me direis luego si soy mujer de gobierno y hacendosa.

Tomó el escalfador y vertió un pequeño chorro de agua sobre la harina que, elevándose en blancas nubes, plateadas por el rayo de sol, tiñó en parte con su tamizado polvo el negro cabello y hasta las extremidades de las prolongadas pestañas de Berta. Púsose á amasar lentamente, mientras escuchaba las excusas de Lorenzo:—El marqués no gustaba de almorzar solo, y él, por su parte, le había ofrecido volver á casa temprano.

—¿A qué vienen esos melindres?—replicó ella, asesándole á través de los párpados medio cerrados una mirada irónica, en que se leía claramente: «¡Si os estais muriendo de gana!»—El marqués se consolará charlando con Ambrosina... ¡Quedaos! Mi padre se pondrá contentísimo y podremos reir á nuestro antojo, sin que sea turbada nuestra alegría por los gestos de ese agua-fiestas de M. de Brioules.

Mientras estaba hablando, retiró bruscamente las manos de la pasta.

—He olvidado quitarme la sortija—exclamó.—Doctor, si no temeis mancharos de harina, tened la bondad de sacármela con cuidado del dedo.

Y alargó hacia él su manita, ligeramente manchada de pasta.

Lorenzo se inclinó, la cogió la muñeca y dió principio á la operación de sacar la sortija, en cuyo centro centelleaba una esmeralda. Berta le miraba y prorrumpía en breves accesos de risa, mientras que el enamorado doctor, sumamente conmovido, estaba casi tentado á estampar un beso en aquel brazo tan blanco, tan apetitoso y tan al alcance de sus labios.

Berta debió adivinar el pensamiento que le turbaba, porque retiró con viveza la mano, bajó los ojos y volvió á su faena, diciendo:

—¡Gracias!... Ponedla lejos de la harina, no sea que vayamos á imitar á Piel-de Asno dejando caer mi sortija en la masa... El hijo del rey no ha de almorzar con nosotros.

—No, por cierto, repuso Lorenzo medio chancero y medio serio—porque esta mañana ha marchado á La Chalade.

Berta levantó la cabeza hacia su interlocutor, y sus ojos se oscurecieron.

—¿De quién hablais?—le preguntó,

—De Santa María de Brioules—contestó atrevidamente el joven.

Berta se encogió de hombros y siguió amasando su torta.

—¡Él!... si encontrase mi sortija en su trozo de pas-



tel, sería capaz de atragantarse con ella, antes que atreverse á enseñarla.

—Sin embargo—aventuró Lorenzo— yo me imaginaba...

Pero se contavó ante una nueva y severa mirada de la señorita Fontenille.

—¿Qué es lo que os imaginábais?

—Tal vez soy indiscreto al hablar de un asunto que no me concierne, pero he llegado á figurarme que deseaba casarse con vos.

Berta tomó un cilindro de madera y, sin contestar, se puso á aplastar con lentitud la masa. No se oía otro ruido que el roce del cilindro y del otro lado del cenador, el chisporroteo del horno, que se estaba caldeando.

—De todos modos—dijo de pronto Berta—M. de Briculles ha guardado sus deseos bajo triple llave en su pecho, porque yo jamás me he enterado de ellos.

—Habrà alguna palabra cabalística que pronunciar para abrir esa triple cerradura—replicó Lorenzo riendo.

Berta se volvió para tomar una tartera de hojadelata, y murmuró entre dientes:

—Pues en verdad que no he de ser yo quien pronuncie esa palabra.

—¿Qué? ¿no le amais?—preguntó él con voz sorda.

Berta se sonrió, espolvoreó con harina la tartera y extendió con destreza la masa, levantando los bor-

des; luego, fijando su mirada en la del joven doctor:

—Me es indiferente—contestó.

—¿De veras?

—Como os lo digo... ¿Creeis acaso que tengo tanta impaciencia por tomar marido?

Lorenzo movió la cabeza.

—Si no es ese—dijo—será otro... Estais destinada á tener esposo, porque no sois de las que se quedan para vestir imágenes, como vulgarmente se dice, y más pronto ó más tarde, os decidireis á casaros.

Berta alzó otra vez los hombros sin dejar de atender á la operación de cortar cuadraditos de manteca, que con su propia mano iba colocando en forma de juego de damas sobre la pasta.

—No diré que no—contestó con su indescifrable sonrisa.—Para nosotras es una necesidad social el matrimonio; se casa una como se adopta una moda nueva, y es probable que haga yo lo mismo que la generalidad de las martires.

Se inclinó para verter con precaución el contenido de la fuente en el molde ó tartera, y volviéndose hacia Lorenzo con una voluptuosa torsión del busto y cuello, le dirigió una delicadísima mirada.

—¡Esto se ha concluido!—exclamó.— Falta saber si he tenido buena mano .. Voy á decir que se puede meter en el horno... Es cosa resuelta que os quedais á almorzar con nosotros, ¿no es así?

Excusado es decir que se quedó.



Estas familiares entrevistas, estos coloquios semi-joviales, semi-serios, en que ambos jóvenes se divertían, corriendo por las escarpadas pendientes de la pasión, á manera de esos caballos montañeses que parecen complacerse en costear las orillas de un precipicio; todos esos preliminares del amor, que los ingleses han bautizado con el bello nombre de *firtation* se renovaban con frecuencia. Berta Fontenille se encontró á su vez insensiblemente envuelta en las mismas redes que ella había tendido; porque no se coquetea impunemente durante semanas enteras con un muchacho amable, de talento y atrevido, como lo era el ahijado del marqués.

De día en día iba perdiendo Berta su sangre fría y su presencia de ánimo. Su corazón, que había permanecido hasta los veintitres años tranquilo y adormecido, como un armiño bajo la nieve, comenzaba á latir de una manera más irregular y casi alarmante. La vigorosa y expansiva juventud de Lorenzo había despertado la suya; el calor comunicativo y la eferescencia del joven doctor la habían sojuzgado, y ya no era dueña de sí misma. Se había vuelto nerviosa y antojadiza.

Mme. de Briulles, que era observadora y cuya suspicacia se aguzaba bajo el influjo de sus preocupaciones maternas, estudiaba con inquietud la transformación que se iba operando en el carácter de Berta. El marqués, con su habitual aturdimiento, no ad-

vertía nada y consideraba cosa muy natural y corriente que su ahijado se mostrase galante con una muchacha bonita. Por lo que toca á la señorita de Fierbois, que profesaba á Lorenzo un sincero afecto y á quien nada se le escapaba del amoroso drama que se representaba en su vecindad, tenía demasiado buen sentido para no alarmarse del giro que tomaban los acontecimientos.

—Hijo mio—dijo á Lorenzo un día que le encontró en el camino de La Noue-Saint-Vanne,—mariposeas demasiado en derredor de la casa de la señorita Fontenille; ten cuidado, no sea que tengas el fin de las mariposas y te quemes las alas en la llama.

El joven se contentó con sonreír, aparentando no entender la alusión. Lanzábase en pos del amor con toda la fogosidad de los veinticuatro años, sin pararse á meditar adónde iría á parar por aquella pendiente ni qué encontraría al llegar al fondo. En la que puede llamarse estación de verano de la juventud, se camina como por una senda en que el solda siempre de cara; los destellos de la pasión nos deslumbran y nos lanzan al rostro un polvo de oro que nos impide ver los accidentes del camino.

Algunas veces, durante sus cortos intervalos de reflexión, solía decirse á sí propio Lorenzo:—Después de todo, tengo una carrera, Berta es libre y mayor de edad, y si ambos nos queremos, nada nos impedirá casarnos.



Este razonamiento bastaba para aplacar su conciencia y se encaminaba á La Noue-Saint-Vanne más apasionado y más decidido que nunca á bajar, con los ojos cerrados, la pendiente por donde le empujaban su temperamento enamorado y los trastornadores hechizos de la señorita Fontenille.

La libertad de la vida campestre y la mayor familiaridad que ésta autoriza contribuían más y más al desarrollo de aquella pasión nacida en pleno sol de Agosto.

Durante la estación de las vacaciones, en aquel pais montuoso de la Argona, la gente se disemina por los bosques, que tantos motivos de distracción ofrecen á las personas desocupadas. Partidas de caza tendaderos de redes contra los pájaros, recolección de avellanas ó de setas, todo sirve de pretexto á las expediciones de los ociosos. Se sale en grupo desde por la mañanita, llevando los criados la comida en cestos; se elige, no lejos de alguna fuente, un sitio protegido por las hojas contra los rayos del sol y alfombrado de hierba seca, allí se instalan con su labor las señoras, en tanto que los niños se dedican á la caza de insectos y los hombres van á tirar á una liebre ó á recoger cestadas de esas gordas *cepas*, especie de setas color de humo, que en Argona se conocen con el nombre de *negrillos*.

Una mañana, á fines de Septiembre, M. Fontenille, con propósito de examinar en el monte de Beaulieu

una corta que se proponía adquirir en las próximas ventas de madera, mandó enganchar su charabán, cuyas areas habían sido previsoramente atestadas de municiones de boca, y llevó consigo á Mme. de Breuilles y á la señorita Sebastiana, para que almorzasen con su hija en los estanques de Saint-Rouin. El marqués, acompañado de su sobrino y de Lorenzo, debía unirse á las señoras, atravesando á pié el monte.

El día era delicioso: no se movía un soplo de viento; el cielo azul estaba sembrado de blancas nubecillas, por entre las cuales se filtraba la precisa cantidad de sol para hacer resaltar las ricas tintas de oro y granate de la espesura. La tierra húmeda y cálida exhalaba ese olor indefinible propio del otoño, al paso que en los sitios despoblados de árboles, los altos helechos despedían su penetrante perfume.

Cada cual acudió con puntualidad á la cita, y á medio día se arrojaron todos sobre las provisiones con el soberbio apetito que se desarrolla después de una caminata de tres horas, aspirando la atmósfera de los bosques.

Terminado el almuerzo, M. Fontenille se llevó consigo al marqués para enseñarle la corta de maderas, objeto de su codicia; las señoras se sentaron bajo los árboles y sacaron de sus cabás las respectivas labores; Santa María echó mano á un número del *Univers* que llevaba en el bolsillo, y se engolfó hasta la



nariz en su devota lectura. Lorenzo se había puesto á fumar; tendido sobre los brezos, á respetuosa distancia de las señoras, apoyado el codo en el musgo y la cabeza en la mano, parecía absorto en la contemplación de su cigarro; pero, en realidad, á través de las espirales del humo azulado, no perdía de vista ninguno de los movimientos de Berta Fontenille.

Esta, recostada en una haya, con una pierna replegada bajo las sayas y dejando asomar por el extremo de su vestido de tela de hilo un pié lindísimo, trabajaba en una tira de cañamazo. Tenía la cabeza descubierta, con una cinta escarlata en el cabello, y en el pecho un lazo del mismo color, en el cual había sujetado un ramillete de hojas verdes y de bayas maduras de serbál. Bajo la sombra de los árboles, aquellas notas rojas, destacándose en el fondo negro de la cabellera y en el matiz claro del vestido, contribuían á realzar la blancura de su cutis y el azul obscuro de sus ojos.

Sin dejar de manejar la aguja, escuchaba, ó aparentaba escuchar por lo menos, la conversación, no muy interesante á la verdad, de Mme. de Brioules y de la señorita Sebastiana, pero su pensamiento estaba en otra parte: su distraída mirada seguía maquinalmente el vuelo de las mariposas entre las ramas de los arbustos, y se detenía á hurtadillas en los dos jóvenes, medio hundidos en los brezos. En una de estas ocasiones, encontráronse sus ojos con los de Lo-

renzo, y por espacio de algunos segundos establecióse entre ambos, á través de la ténue neblina producida por el humo de cigarro, una corriente magnética de fluido amoroso. Berta bajó de pronto los párpados; una maliciosa sonrisa replegó las comisuras de sus labios, y guardando la tira de cañamazo, se levantó bruscamente.

—Paréceme—dijo con acento algo mordaz—que no hemos venido al bosque para permanecer gravemente sentados como en una sala de recepción, y lo que es yo, por mi parte, siento hormigueo en los piés y necesito andar...

Recogió su sombrero de paja anudando las cintas al brazo, y en seguida, paseando una mirada circular en su derredor, añadió:

—Me voy á la caza de setas; quien me quiera que me siga.

Lorenzo estaba ya en pié.

—Estoy á vuestras órdenes, señorita—dijo arrojando el cigarro.

Mme. de Brioules arrugó el entrecejo.

—¡Santa María!—dijo, lanzando á su hijo una mirada.

Alzó el joven la cabeza, suspendiendo la lectura del periódico, é interrogó con inquieto ojos á su madre.

—Deja ya de leer—continuó ésta—y acompaña á la señorita Fontenille.

Obedeció silenciosamente, metió el *Univers* en el



bolsillo de su larga levita, y con ademán resignado, echó á andar tras de Berta, que se alejaba con Lorenzo.

La joven abría la marcha con aire resuelto, cambiando por encima del hombro algunas palabras con el doctor y sin dignarse siquiera volver la cabeza para mirar á Santa María, que iba siguiendo los pasos de los dos.

De cuando en cuando, Berta se bajaba para recoger una gruesa seta que arrojaba en el fondo del sombrero, convertido en canastillo para el caso. A veces descubría un sitio donde pululaban las setas, y entonces daba un grito de alegría, llamaba en su auxilio á Lorenzo, y arrodillados ambos en el musgo, escudriñaban el terreno en competencia, y en aquella faena, entre los brezos, ocurría á menudo que se tropezaran las manos de los recolectores.

La tibia temperatura del aire, el anisado y penetrante olor de las setas y la familiaridad, mucho más íntima que aquella ocupación, establecía entre ellos por necesidad, les trastornaba y enardecía. Los ojos de Berta tenían un brillo casi fosforescente; Lorenzo refa y hablaba con una vivacidad comunicativa y espontánea; solamente Santa María, pensativo y taciturno, se contentaba con mirarlos sin abandonar su actitud rígida y contrariada.

—¡Mirad qué seta tan hermosa!—le gritó el doctor, volviéndose hacia él para enseñarle una que acaba-

ba de arrancar.—¿No os gustan las setas, querido Santa María?

—No las conozco bien y las miro con recelo—contestó.

—M. de Briulles desconfía de la naturaleza entera—dijo irónicamente la señorita de Fontenille.—Considera las flores, las frutas y los árboles como otros tantos venenos diabólicos esparcidos por la tierra para hacer caer en tentación á las criaturas.

Santa María no contestó.

Habían llegado al ribazo de un lago alimentado por el Biesme, y de donde sale el riachuelo para seguir otra vez su curso hacia las Isletas. Con su ceñidor de monte tallar matizado de tintas bronceadas y sus tranquilas aguas, cuya superficie se veía á trechos cubierta de hojas desprendidas de los árboles, ofrecía el lago un encantador aspecto iluminado por los rayos del sol poniente.

—¡Qué sitio tan hermoso!—exclamó Berta, metiendo en el agua sus dedos, embadurnados de arena.

—El sol va bajando, y creo que es tiempo de volver,—se atrevió á decir Santa María, siempre previsor y meticoloso.

Aquella insinuación fué bastante para despertar el espíritu de contradicción de la señorita Fontenille.

—¡Que siempre hayais de ser un agua fiestas!—replicó aquélla con impaciencia.



Al propio tiempo, su vista, que recorría las orillas del lago, alcanzó á descubrir hacia la embocadura del Biesme una estrecha barca que se balanceaba entre los juncos.

—En fin,—prosiguió,—volvámonos, pero no por el mismo camino que hemos traído.

Y saltando á la barca, se instaló en ella.

—¿Creeis que podríamos bajar por el río, doctor?

—¡Perfectamente! —contestó Lorenzo, sin estar muy seguro de lo que decía.

Arrancó unas cuantas brazadas de hierba que arrojó al fondo de la fragil embarcación, se apoderó de un bichero, y se puso á desatar la barca, después de haberse metido en ella.

Santa María permanecía inmóvil en el ribazo.

—¿Qué es eso?—le dijo Lorenzo.—¿No venís?

—Es sumamente estrecha la barca, y sería peligroso que se colocasen en ella tres personas; ya me parece harto imprudente por vuestra parte aventurarse sobre tablas podridas á merced de un río lleno de troncos y raíces á flor de agua...

—Ni una palabra más, ¡hombre prudente!—le interrumpió Berta.—Nosotros arrostramos las eventualidades de esta excursión, y vos seguiréis el camino trillado... ¡Buen viaje!

Lorenzo dió impulso al bichero, desatracóse la barca, y empezó á deslizarse por el riachuelo, sobre el cual se entremezclaban confusamente las ramas de

los árboles. Berta se había sentado á la parte anterior, en las tablas alfombradas de brezos, y echada atrás la cabeza, medio cerrados los ojos, se abandonaba á las suaves ondulaciones del agua, sin dejar su actitud indolente más que para alargar la mano cuando se ponía á su alcance algún manojo de senrosada almaría vulgar, y más poéticamente llamada *Reina de los valles*, ó una mata de odorífera madre-selva. Entonces, á riesgo de hacer zozobrar la barca, arrancaba las floridas ramas, y las arrojaba á sus piés.

Lorenzo, en pié, hacía funcionar de cuando en cuando el bichero, sin dejar de contemplar á la joven y de admirar la gracia de sus ondulosas é indolentes actitudes.

A intervalos, se dejaba ver entre la espesura de los árboles la levita negra y el austero perfil de Santa María, caminando solitario por el sendero que seguía la orilla del Biesme. Viéronle detenerse de pronto y agitar el sombrero con ademán alarmado.

—¡Alto!—exclamó.—El sendero tuerce á la izquierda y el río se mete entre la maleza; es preciso abordar.

—Sí, eso es más fácil de decir que de hacer —murmuró Lorenzo, examinando el agua cubierta de hojas y ramas, y consultando con los ojos á la señorita Fontenille.

Esta contestó con una de sus habituales sonrisas de



burla, y de pronto, poniéndose en pié y erguida en medio de la barca, gritó á Santa María.

—No es posible abordar... Además, se está muy bien aquí, y aquí nos quedamos... Avisad á esas señoras que volveremos por agua hasta los Senades.

Lorenzo, muy contento y temiendo que Berta cambiase de opinión, dió un vigoroso impulso al bichero y la barca se deslizó como una trucha por entre los nenúfares. Oyéronse confusamente las protestas é intimaciones de Santa María perdidas entre el sordo rumor del oleaje, y no tardaron los navegantes en encontrarse lejos del sendero.

Berta había vuelto á sentarse con negligencia en el montón de brezos; Lorenzo abandonó el bichero, se arrodilló en la popa, y la barca siguió lentamente á merced de las aguas, ó como se dice entre marinos, á la derivada.

El crepúsculo de la tarde iba extendiéndose sobre el río, encajonado entre altos ribazos, y finísimas gotas de rocío destiladas de la alta bóveda vegetal, caían con cristalino ruido en las aguas soñolientas. Las ulmarias y madreselvas cogidas por la señorita Fontenille y amontonadas á su alrededor, esparcían un olor á vainilla y almendra amarga. La joven levantó á medias la cabeza, aspiró con delicia el perfume de las campestres flores y dió un suspiro.

—¡Qué bien se está aquí!—exclamó—se figura una en su lecho, mecida á compás de una canción infan-

til, y quisiera continuar así mucho tiempo... ¡Siempre!

—Sí—dijo Lorenzo con voz algo alterada—vivir así, cerca de vos, por toda una eternidad, sería el verdadero paraíso.

Berta alzó una de sus manos, y apoyándola en el brazo de su compañero, dijo:

—¡Chist!... no habéis, porque eso destruiría el encanto ..

Lorenzo tomó silenciosamente aquella mano tentadora y la estrechó en la suya. Tras una tentativa de resistencia, la diminuta mano de la señorita Fontenille se abandonó, y ambos permanecieron sin moverse, sin desplegar los labios, sumergidos en una especie de delicioso adormecimiento, en tanto que la barca se deslizaba á lo largo de los ribazos. Apenas se distinguía el semblante de Berta, pero aún se notaba el centelleo de sus luminosas pupilas, sobre las cuales estaba fija la mirada de Lorenzo, sin apartarse de ellas un instante. Uno y otro, cediendo al movimiento adormecedor del agua y al encanto de aquella silenciosa intimidad, se dejaban arrastrar por la corriente, sin preguntarse á dónde irían á parar, ó si la barca zozobraría de repente chocando contra alguna raíz ó tronco de árbol. Sus ojos se miraban, sus manos se oprimían, y esto bastaba.

Los árboles de una de las orillas iban poco á poco aclarándose, y á través de los juncos y espadañas,



alcazábense á ver las ondulaciones de los prados y las oscuras líneas de los bosques aparecían como recortadas sobre el fondo de un cielo vaporoso. Empezáronse á distinguir á lo lejos sucesivamente las luces esparcidas de Bellefontaine, las vidrieras de Futeau iluminadas por el reflejo de la leña encendida para la cena, y después las cintas de fuego y la ardiente reverberación de la fábrica de vidrio de los Senades, lanzando sus resplandores en medio de la noche...

Lorenzo había ido acercando insensiblemente la cabeza á la mano de la señorita Fontenille, y sus labios, arrastrados por la tentación, estaban á punto de apoyarse en ella, cuando de pronto un choque violento lanzó á los jóvenes uno contra otro. La barca acababa de tropezar con el tronco de un árbol. Berta dió un grito; Lorenzo se puso en pié, cogió el bichero y enganchó rápidamente uno de los sauces de la orilla. En menos de un segundo, la embarcación, que ya empezaba á hacer agua, atracó á la orilla, y la señorita Fontenille pudo saltar al ribazo. Lorenzo, de un brinco, dejando la barca á merced de Dios, se arrojó detrás de la muchacha, cuyos piés se escurrían en la tierra gredosa del talud; la cogió por la cintura y la llevó de un solo impulso hasta la pradera. Una vez allí, y ya en terreno firme, no pudieron sin embargo, sus manos, decidirse á abandonar aquel talle, cuyos contornos sentía apoyados suavemente en su brazo.

Trastornada la cabeza, no fué dueño de sí, y estampó bruscamente un beso en el hombro de Berta, articulando al mismo tiempo á med'a voz:

—¡Os amo!

Durante un momento, se quedó la joven como aturdida, y luego de pronto se desasíó de los brazos del atrevido mozo.

—Marchemos — exclamó con voz algun tanto comovida.

Poco á poco fué reponiéndose, y á medida que recobraba su presencia de ánimo, reflexionaba y reconocía que se había dejado llevar un poco lejos.

—¡Salgamos al camino! — prosiguió, emprendiendo una rápida carrera.

—¿Por qué? — repuso Lorenzo, todavía dominado por los trastornadores efluvios de amor que le habían embriagado en la barca.

—Porque Santa María habrá avisado á mi padre que le esperaríamos en los Senades; no tardará en pasar el charabán y montaremos en él.

Lorenzo la siguió por medio de los húmedos prados, y cuando llegaron cerca del camino, se detuvieron á escuchar. En efecto, hacia la parte de Futeau, oíase en el silencio de la noche el trote de un caballo y el rápido rodar de un carruaje. Como en aquel sitio torcía el camino, subiendo insensiblemente hasta los Senades, no tardaron en comprender, por el ruido, que el caballo se había puesto al paso para subir la



cuesta, y poco después llegaron á sus oídos las voces de los viajeros.

—¡Ellos son!—exclamó Berta—conozco al marqués en su modo de reír.

Y con su penetrante voz lanzó un ¡eh! al que contestaron ruidosamente los gritos de la gente del coche.

Lorenzo no se sentía muy dispuesto á conversar; así es que dijo á media voz, estrechando rápidamente la mano de Berta:

—Os dejo; decidles que he ido á recoger y amarrar la barca, y que regresaré más tarde...

Volvió la espalda, bajó en dirección al río, y se sentó cerca de los sauces.

Llegó el coche á lo alto del repecho, donde se detuvo; cruzáronse exclamaciones y frases alegres entre los recién llegados y Berta, volvió á emprender el trote el caballo, y poco después recobró su silenciosa soledad el camino.

Lorenzo sentíase aún calenturiento: latíanle con fuerza las sienes y le parecía que en el interior de su cerebro se celebraba una fiesta y que todas sus ideas bailaban una especie de galop arrebatadora. Dejó caer hacia atrás la cabeza sobre la mojada hierba y clavó los ojos en el cielo sembrado de estrellas. Por encima de él mostraba el Carro sus siete clavos de oro; al Oeste centelleaban los joyeles del tahalí de Orion; más lejos, las Pléyadas se arremolinaban sobre

los bosques, á modo de un enjambre de abejas celestes, y la vía láctea, cruzando de un extremo á otro del horizonte, derramaba su nebuloso polvillo de plata en medio de todas aquellas luces titilantes. No parecía sino que en el firmamento, lo mismo que en el cerebro de Lorenzo, se daba un sarao para celebrar aquella primera florescencia de un amor afortunado.

## IX

—¡Señor Husson, buenos días!—¿tan preocupado andais que ya no conocéis á las gentes?

Lorenzo caminaba, en efecto, blandamente sumergido en el voluptuoso recuerdo de su feliz excursión de la víspera. Levantó la cabeza y pareció medianamente satisfecho al examinar la estrecha frente, los grandes ojos saltones y los bucles grisáceos de mada de Brioules, que venía de oír la misa matinal en las Isletas y llevaba como una reliquia, en sus manos enguantadas de filadiz, su devocionario de tapas florde-lisadas.

Y añadió con una repulgada sonrisa:

—¡Cuánto me alegro, señor mío, de haberos encontrado!

—No podría yo decir otro tanto—pensó el joven, que detestaba á la madre de Santa María.